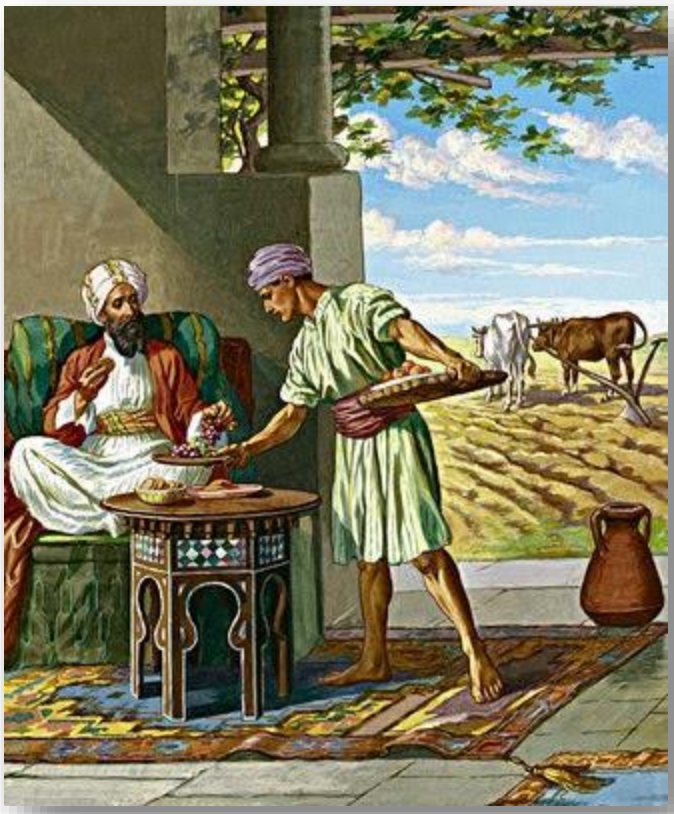
FIELES Y HUMILDES SERVIDORES



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«¿Quién de ustedes, si tiene un siervo que labra la tierra o pastorea los rebaños, le dice cuando este regresa del campo: 'Entra enseguida y ponte a comer'? ¿No le dirá más bien: 'Prepárame de comer y disponte a servirme, para que yo coma y beba; después comerás y beberás tú?'. ¿Tendrá acaso que mostrarse agradecido con el siervo, porque este cumplió con su obligación?» (Lc 17, 7-9).

Madre nuestra: entre las heridas del pecado original ocupa un lugar destacado el de la soberbia. No podía haber sido de otra cosa ese pecado, que de soberbia. "Serán como dioses", susurró el diablo a la mujer. La oferta era tentadora: ser conocedores del bien y del mal. Es decir, ser dueños de la ley moral y no depender de otro para normar el propio comportamiento, no estar sometido a nadie.

La solución fue maravillosa: la humildad de Dios haciéndose hombre, anonadándose, tomando la forma de siervo, y viniendo al mundo, por voluntad del Padre, engendrándose por la humildad de una mujer, que ofrendó su vida como esclava del Señor.

La lección es patente: para gozar del Paraíso hay que someter la voluntad al autor de la vida, al Padre y Creador, dueño de todo lo que existe, y que nos pedirá cuentas al final de nuestra vida sobre qué hicimos con los talentos que nos dio para poder servirlo.

Pero la herida permanece, y tenemos que luchar contra las tentaciones de soberbia, con la gracia de Dios. Aprender de tu Hijo, aprender de ti, aprender de los ángeles que decidieron permanecer fieles a Dios manteniendo su *"¡Serviam!"* para lo que Dios les pida, aprender de los santos, que se ganaron el cielo porque no tenían otro objetivo en su vida que servir a Dios.

Que tu intercesión poderosa nos ayude no solo a esmerarnos en el cumplimiento de nuestro deber con Dios, sino también a gozar de él, sabiendo que será una ofrenda agradable al Padre.

Hijo mío: la humildad está en reconocer y aceptar la verdad, y vivir en esa verdad.

El humilde se reconoce a sí mismo y se acepta como lo que es. No un rey, no un príncipe, no un dios, sino tan solo un siervo de Dios, que hace lo que tiene que hacer, que sabe que nada merece, ni reconocimiento, ni aplausos, ni retribuciones, ni recompensas, ni atenciones, porque solo cumple con su deber.

Pero confía en la bondad de Dios, que lo creó para servirle, como los ángeles del cielo le sirven; que lo hizo inferior a los ángeles en sabiduría y poder, pero que lo creó a su imagen y semejanza, para unirlo en filiación divina eternamente a Él, y envió a su Hijo para que, anonadándose a

sí mismo, tomara la naturaleza humana, sin dejar de ser Dios, para purificar a la humanidad indigna, para renovarla y hacerla digna, capaz de merecer por Él la heredad de su Padre. Y vino a mostrarles el camino para vivir en la verdad.

El camino es el servicio. Él mismo les enseñó con el ejemplo, porque no vino a ser servido, sino a servir, para que todo aquel que quiera llegar al Padre, haga lo mismo que Él.

Practica la virtud de la humildad. Haz lo que tienes que hacer, no te quejes, no desesperes, no digas que no quieres, no digas que no puedes.

No te lamentes de tu condición, de tu pobreza, de tu poquedad, de tu incapacidad, de tus sufrimientos, de tu enfermedad.

Antes bien, reconoce quién eres, acéptate tal cual eres, y con humildad, pídele al Señor la gracia para perfeccionarte a través del servicio y de la gracia de renunciar a todo, hasta a ti mismo, para tomar tu cruz y seguir a Cristo.

Pero recuerda que no es más el siervo que su amo. No pretendas vivir mejor de lo que Cristo en medio del mundo vivió. No pretendas darte la gran vida, ni dominar al mundo, como Herodes o Pilato.

Tu modelo es san José, es Juan el Bautista, es Juan el discípulo amado, son las santas mujeres, son los apóstoles, que lo dejaron todo para seguirlo, y soy yo, la esclava del Señor, que hemos encontrado la verdadera felicidad en servir a Dios, sirviendo al prójimo.

Aprende de la vida de los santos. Todos han sido fieles y humildes servidores de Cristo. Así es que, a partir de ahora, reconócete y acéptate a ti mismo como un siervo fiel y prudente que, con humildad, desea servir a Dios haciendo su voluntad.

Levántate cada día y eleva tu mirada al cielo con una sonrisa en tu rostro, y dile al Señor:

"Aquí está tu siervo. Poca cosa soy, pero tengo mucho amor, y deseo servirte como tú quieras, donde tú quieras, haciendo lo que tú quieras. Dame los medios y envíame, Señor".

Tu oración será escuchada, y podrás cumplir con tu deber. Al anochecer te sentirás complacido. Junta tus manos, recógete, cierra los ojos, y dile al Señor:

"Mi recompensa de hoy la he recibido en la alegría que alberga mi corazón por haberte servido haciendo lo que tenía que hacer el día de hoy. ¡Alabado seas, Señor!".

Entonces, dormirás en paz.

¡Muéstrate Madre, María!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 148)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes